

GUADALETE, EL RÍO DEL OLVIDO, EL RÍO OLVIDADO.

Carmen Cebrián González

Pliegos de la Academia, 2ª época,
nº 19, 2013, pp. 67-90.
ISSN: 1695-1824

El artículo que reseñamos bajo este sugerente título, un corto itinerario donde se encuentran discurriendo al mismo tiempo la historia, la leyenda, las biografías y el lirismo, es la transcripción del discurso de ingreso de María del Carmen Cebrián González en el Cuerpo de Académicos –como académica de número– de la portuense Academia de Bellas Artes Santa Cecilia, institución con ciento trece años ya de existencia.

Historiadora de formación, y de vocación, como recuerda en las primeras líneas del discurso, Carmen Cebrián plantea un paralelismo -el que cabe en unas pocas y medidas palabras- entre la historia del río y la historia de la ciudad (“La historia del Guadalete es nuestra Historia”, p. 68). Y hace un pequeño recorrido por ella, desde tiempos remotos, apoyándose en bibliografía contemporánea y en fuentes antiguas, sobre todo romanas. Pero, como no podía ser de otra forma en este personal recorrido, la autora de estas líneas alude también a la leyenda, a las leyendas que tan presente están en este caudal del Guadalete, mezclada con los acontecimientos que conocemos y con muchos más que ignoramos y se perdieron en el curso de sus aguas.

Por las primeras páginas transitan fenicios, griegos y romanos envueltos entre los documentos, el mito, la tradición y la fábula. Es en estas antiguas leyendas donde aparece por vez primera el nombre del río, Lete, en griego “río del olvido”. Serían siglos más tarde, los árabes quienes le darían el actual nombre de Guadalete, anteponiendo el prefijo “guad”, dice la autora.

Cebrián González inicia su recorrido por la historia en época tartesia o turdetana, fenicia y griega prestando atención principalmente a la navegación de estos pueblos y sus relaciones con el mar y, por supuesto, con el río. Pues en la ciudad de El Puerto de Santa María es donde tiene su desembocadura el Guadalete, originando un puerto seguro para las naves, lo que ha constituido una condición muy importante en el desarrollo de la historia de la ciudad. Esta estratégica situación ha marcado, como sabemos, todo el devenir histórico de El Puerto desde aquellos tiempos, de los que ya se conoce la construcción de caminos y puentes, astilleros y atarazanas. No se olvida Carmen Cebrián de la famosa batalla que lleva el nombre este río, deteniéndose sobre todo en los motivos legendarios que la propiciaron. Como tampoco, como no podría ser de otra

forma, de la fundación castellana de la ciudad en época de Alfonso X El Sabio, haciendo también referencia a las cantigas que componen el *Cancionero de Santa María do Porto*, entre cuyas líneas encontramos alusiones a estos años fundacionales; concretamente, se detiene en la cantiga 356, en la que se cita una riada, que suponemos del Guadalete.

Entrando ya en el siglo XV, las líneas van haciendo memoria de interesantes expediciones, como la de Ruy González de Clavijo hasta Constantinopla o la de Pedro Fernández Cabrón hasta África y las Canarias, personaje relacionado con la salida hacia el continente africano de los judíos expulsados de España por los Reyes Católicos que, como tres siglos más tarde ocurriría con los jesuitas expulsados por Carlos III, tendrían también triste escala en El Puerto, en las orillas de su río.

Pero donde cobra fuerza el artículo que comentamos es en la segunda parte del mismo. La buena formación americanista de Cebrián González se descubre en sus referencias a la participación de El Puerto en los viajes descubridores y en la conquista de América. A partir de este momento histórico El Puerto se convirtió en importante protagonista de la historia del nuevo continente y éste en principal de la historia de la ciudad. Y un escenario de excepción fue el río, camino ya de ida y vuelta. La autora de las líneas que comentamos le presta especial y singular atención a una serie de personajes, más o menos conocidos, entre muchos otros anónimos, que salieron de El Puerto hacia aquellas desconocidas tierras para regresar, o no. Entre ellos, Francisco del Puerto (llegó hasta Uruguay y Paraguay y participó en la expedición descubridora del Río de la Plata); Bartolomé Díaz (Perú, Chile y Bolivia). De ellos nos descubre historias interesantes, curiosas y únicas, como la de Ilyas Ibn Hanna al Mawsili (Elías), que recorrió Oriente y Europa, para llegar a Perú, toda América Central, México y la Isla de Cuba, y terminar sus días en El Puerto.

En esta segunda parte, que consideramos es el bloque central del discurso, la autora del artículo ofrece mayores detalles y referencias. Pues las páginas que la preceden suponen una introducción al papel desempeñado por el río.

Por lo que respecta al tratamiento del contenido, es muy probable que de este río queden muchas más cosas que contar que no pueden caber en apenas veinte páginas. Y, aunque el artículo va acompañado de una extensa bibliografía, faltan algunos estudios recientes sobre varios de los temas que se refieren y que precisan y pueden variar datos concretos. Pero somos conscientes y entendemos cuáles son las circunstancias de este artículo y su finalidad. En este sentido, como el mismo curso del río, el curso de la historia también fluye constantemente.

Para terminar cabría hacer una pequeña reflexión sobre el que creemos acertado título de las páginas comentadas. Desde tiempos remotos, en que la historia de El Puerto y su río -siempre presente- se liga al mito, el Guadalete se ha relacionado con el río del olvido tanto por cronistas como por poetas, aguas donde se habían resuelto conflictos diplomáticamente, olvidando rencillas. En los últimos tiempos es el propio río el olvidado, parece ajeno a la vida de la ciudad. Y, en este sentido, Carmen Cebrián, aprovechando la finalidad del artículo, lo ha cubierto de un tinte literario que anuncia ya desde el título. Y nos presenta un río casi omnipresente como embarcadero de salida de expediciones desconocidas y viajes a la aventura y fondeadero también de experiencias y memorias. Una herencia a la que no se debe renunciar.

Mercedes García Pazos
 Historiadora del Arte
 Centro Municipal del Patrimonio Histórico

**LA IMAGEN DE JESÚS DE
 LOS AFLIGIDOS DE EL
 PUERTO DE SANTA
 MARÍA: UNA OBRA GUA-
 TEMALTECA DEL SIGLO
 XVII**

Francisco González Luque
José-Manuel Moreno Arana

Pliegos de la Academia, nº 19. pp.
 23-43. El Puerto de Santa María,
 2013
 ISSN: 1695-1824

El origen de la antigua imagen de Jesús de los Afligidos de El Puerto se remonta, según concluyen los autores de este artículo en anteriores trabajos publicados, a la segunda mitad del s. XVII, cuando se funda en El Puerto una nueva institución seglar la *Orden Tercera de San Francisco*. Esta hermandad mandará construir una nueva capilla en la Iglesia del convento de San Francisco de la Observancia, donde esta talla tuvo un destacado protagonismo. Hoy, es titular de la *Hermandad de Nuestro Padre Jesús de los Afligidos y María Santísima del Rosario en sus Misterios Dolorosos* y se encuentra en la Iglesia del Antiguo

Hospital de San Juan de Dios.

La talla, pese a ser concebida como una escultura procesional para ser vestida, no es una imagen de candelero, ya que gran parte de su anatomía es esculpida; el escultor sigue el modelo iconográfico de la época: Jesús portando la cruz en su subida al monte Calvario, sin duda una de las escenas de la pasión que más fervor despierta entre los cristianos, como así ocurre con esta talla barroca por tuense que se ha convertido en objeto de estudio e investigación por parte de

ambos autores, tal y como lo testifican distintas publicaciones (González Luque: *Imaginería en las Hermandades de Penitencia de El Puerto de Santa María*, Ayuntamiento de El Puerto de Santa María, Biblioteca de Temas Portuenses, nº 21. 2004. pp. 218-223, *La hermandad de los afligidos y El Hospital de San Juan de Dios de El Puerto de Santa María*, El Puerto de Santa María, 2005; González Luque y Moreno Arana: “*Jesús de los Afligidos podría proceder de Guatemala*”, en Diario de Cádiz, 4 de junio de 2009).

En este trabajo relacionan, dentro de un contexto espacio-temporal, el momento histórico que vive El Puerto y Santiago de Guatemala -posible lugar de origen de esta imagen- en el seiscientos; someten la figura de Jesús a un exhaustivo análisis, propio de expertos historiadores del arte que profundizan en aquellos rasgos morfológicos y estilísticos más singulares de la talla, para concluir con un interesante estudio comparativo de esta obra con otra, de similares características, *Jesús Nazareno* del convento guatemalteco de La Merced obra del escultor e imaginero Mateo de Zúñiga, con taller en Santiago de Guatemala, ciudad unida por lazos comerciales y artísticos con El Puerto durante este mismo siglo XVII.

Entre El Puerto y América, desde el siglo XVI y hasta bien entrado el s. XVIII, se establecieron importantes vínculos económicos, a través del comercio, y artísticos gracias al patrocinio y mecenazgo que ejercieron destacados miembros de la oligarquía civil, militar y religiosa llegados al Nuevo Mundo y convertidos en la élite económica, política y cultural de ciudades como la antigua Santiago de Guatemala, “*la urbe más rica y populosa de Centroamérica a mediados del s. XVII*”, según refieren en su artículos los autores.

Estas relaciones comerciales trajeron consigo la llegada a nuestra ciudad no sólo de magníficas obras de arte, como es el caso que nos ocupa, sino también de materiales nobles que en manos de artistas locales enriquecieron con esculturas, retablos y otras obras de ebanistería la decoración de conventos, iglesias y casas-palacio de la ciudad, dotándolas de una gran belleza y valor artístico.

Gracias a este trasiego de mercancías y obras de arte, la ciudad pasó a convertirse en un centro cosmopolita, del que habría que destacar, además, según los autores, el profundo fervor religioso del que participaban todas las clases sociales. Esta situación se vio reflejada en el buen número de hermandades de penitencia, órdenes e instituciones religiosas que se instalaron en El Puerto siendo, una vez más, algunos miembros de familias notables de la ciudad las que se convirtieron en benefactores y donantes de obras de arte, caso de Tomás de la Cerda (Marqués de la Laguna, Virrey de Nueva España (1680-1686), miembro de la

casa de Medinaceli), persona influyente en Santiago de Guatemala durante su virreinato, y a su vez, en el ámbito religioso ministro de la Hermandad de Penitencia de la Orden Tercera de El Puerto, lo que lleva a González Luque y Moreno Arana a destacarlo como probable donante de esta imagen de Jesús a su hermandad de El Puerto.

El empleo del análisis comparativo de los dos nazarenos (el de los Afligidos de El Puerto y el de La Merced de Guatemala), deja claro la semejanza de ambas tallas, el acercamiento histórico de El Puerto y Guatemala -a través de personajes vinculados con ambas ciudades- y la investigación y estudio de la escasa documentación que existe sobre esta imagen es lo que a los autores lleva a aportar argumentos sólidos sobre su autoría, Mateo de Zúñiga, y su origen, Santiago de Guatemala.

Los sucesivos estudios, antes mencionados, que sobre el Jesús de los Afligidos han venido realizando estos investigadores concluyen con este trabajo bien documentado, en donde establecen como teorías lo que en los anteriores eran hipótesis sobre el origen y autoría de esta magnífica obra de la imaginería portuense.

Para concluir, cabe agradecer el tesón de estos dos investigadores por el interesante estudio realizado, aportándonos luz sobre una de las piezas más destacadas de nuestro patrimonio artístico, cuyos orígenes permanecían sin develar y que sin duda vienen a enriquecer y completan nuestra Historia del Arte.

María del Mar Villalobos Chaves
 Centro Municipal del Patrimonio
 Histórico de El Puerto de Santa María

RECORDANDO UN OLVIDO. 1808-1810: PONTONES PRISIONES EN LA BAHÍA DE CÁDIZ

Lourdes Márquez Carmona

Editorial Círculo Rojo, 2012
 ISBN: 978-84-9991-926-3

Como toda guerra, la de la Independencia española frente al imperio napoleónico causó penalidades a contendientes de todas las partes en conflicto (españoles, británicos, portugueses y franceses), especialmente a los integrantes de la clase de tropa.

De eso trata este libro de Lourdes Márquez Carmona: en concreto y a fondo, de las míseras condiciones de

cautiverio que sufrieron a bordo de pontones anclados en la Bahía de Cádiz,

entre los años 1808 y 1810, miles de soldados del Ejército Imperial francés (de diversas nacionalidades) y decenas de civiles franceses residentes en varias localidades de la zona.

Estallada la guerra de la Independencia (mayo de 1808), los restos de la escuadra francesa que habían sobrevivido de la batalla de Trafalgar (octubre de 1805), que se encontraban a resguardo en la Bahía de Cádiz (ahora, tras la destitución de Villeneuve, al mando del almirante Rosily), pasaron de ser aliados de España a ser enemigos de ella; y, en consecuencia, fueron hechos prisioneros de guerra, tras la batalla de la Poza de Santa Isabel (junio de 1808) y retenidos en varias localidades de la bahía.

Dos meses después (en agosto de 1808) llegaron a los puertos de la Bahía de Cádiz otros miles de militares franceses del ejército comandado por el general Dupont hechos prisioneros en la batalla de Bailén. Los altos oficiales, las esposas que los acompañaban y sus sirvientes y ayudantes fueron repatriados a Francia. Los oficiales de segundo rango y los soldados permanecieron cautivos.

La mayor parte de estos dos contingentes militares franceses (escuadra de Rosily y ejército de Dupont) fueron internados a bordo de pontones (barcos de guerra desarbolados y fijados por cuatro anclas, habilitados como cárceles), y en ellos permanecieron hasta principios de 1810, salvo cientos de enfermos que fueron trasladados a lazaretos de localidades de la zona y otros cientos que murieron en esas prisiones flotantes.

Lourdes Márquez Carmona detalla las condiciones de cautiverio de estas miles de personas (la mayoría, soldados a la fuerza): su hacinamiento en los pontones, la escasez de alimentos, las epidemias que sufrieron (tifus, escorbuto, disentería...), los intentos de evasión, los daños causados por temporales... Frente a esta miseria de la mayoría contrasta las condiciones de cautiverio de la oficialidad, agrupada en el pontón Castilla, que disponía para su manutención de una paga fijada por las autoridades españolas y disfrutaba de conciertos a cargo de componentes de bandas de música militares francesas que (por suerte para ellos) lograron destinar a su servicio. Tal fue el éxito, que hasta la oficialidad de la armada británica requirió para sí tal prestación cultural.

Se pensaba hasta ahora que estos miles de prisioneros fueron deportados a las islas Canarias y Baleares a causa de la llegada del Ejército Imperial francés a la Bahía de Cádiz a principios de febrero de 1810, pero Márquez Carmona ha establecido que esta circunstancia sólo generalizó la medida, pero no la generó

totalmente, puesto que desde abril de 1809 las autoridades españolas comenzaron a deportar prisioneros, muchos de ellos enfermos, que constituían un grave riesgo de contagio para la Isla de León (actual ciudad de San Fernando) y Cádiz, capitales entonces de la España libre del invasor francés.

La población de la isla de La Palma se opuso violentamente (mayo de 1809) a la reclusión de los prisioneros franceses en su territorio, por lo que las autoridades militares españolas, a fin de garantizar su seguridad, decidieron trasladarlos a la desierta isla de Cabrera. Este confinamiento resultaría mortal para miles de prisioneros, aunque no hubiese sido planificado así. Por su parte, los prisioneros de guerra deportados a las islas Canarias fueron aceptados, en general, por la población e incluso muchos se integraron en ella.

Meses más tarde (entre finales de 1809 y principios de 1810), a fin de evitar su posible sublevación, animada por la llegada a la Bahía de Cádiz del ejército imperial al mando del mariscal Víctor, los prisioneros franceses, enfermos y sanos, que se encontraban aún retenidos en pontones y en algunas localidades de la Bahía de Cádiz también fueron deportados. Finalizó entonces, en la Bahía de Cádiz, esta terrible situación que sufrieron civiles y militares franceses, pero que se prolongó, en general, en los destinos a los que fueron deportados, donde miles de ellos encontraron la muerte antes de la solución del problema con la finalización de la guerra de la Independencia en 1814.

Respecto a El Puerto, Márquez Carmona refiere el hostil recibimiento que tuvieron la madrugada del 13 de agosto de 1808 los militares franceses del ejército de Dupont hechos prisioneros en Bailén, cuyos carruajes y carros fueron asaltados y saqueados en el muelle por una muchedumbre indignada, parte de la cual no devolvió algunos de los objetos sustraídos, entre los que había piezas religiosas procedentes del expolio francés en las iglesias de Córdoba, según escribió Enrique Bartolomé López-Somoza (*Diario de Cádiz*, 4 de mayo de 1997).

Lourdes Márquez Carmona ha sabido reconstruir en su marco histórico este terrible aspecto de la guerra de la Independencia española. Tiene en su haber un profundo conocimiento del tema, merced a años de trabajo sobre los naufragos de la batalla de Trafalgar, que han dado lugar a trabajos de notable interés, como son “Naufragios de la batalla de Trafalgar y El Puerto de Santa María”, en *Revista de Historia de El Puerto*, nº 30, 2003, pp.11-54; y *Trafalgar y el pescador de naufragos*, Cádiz, Publicaciones del Sur, 2005. Hay que destacar también la labor de la autora en la localización de memorias inéditas de prisioneros

franceses, como la de Michel Maffiotte, timonel del navío *Indomptable*, naufragado en las cercanías del litoral portuense el 25 de octubre de 1805, tras la batalla de Trafalgar, prisionero en los pontones de la Bahía de Cádiz y deportado a Canarias, donde tuvo la fortuna de integrarse, formar familia y vivir hasta su muerte, sobre quien ha escrito “Recuerdos de un timonel: Michel Maffiotte y la rendición de la escuadra de Rosily en la batalla de la Poza de Santa Isabel (1808)”, en *Trocadero. Revista de Historia Moderna y Contemporánea*, nº 20, 2008, pp. 33-44.

Por último, cabe añadir que El Puerto de Santa María fue una de las localidades que formaron parte del sistema de prisiones militares de la Bahía de Cádiz, en la que, además de residentes civiles franceses recluidos en el Monasterio de la Victoria, hubo franceses del ejército de Dupont y otras procedencias internados en el Hospicio de Indias desde julio de 1808 hasta finales de enero de 1810, pocos días antes de la llegada del mariscal Victor a la zona y de la instalación de la línea de asedio a la Isla de León y Cádiz.

Javier Maldonado Rosso

Centro Municipal del Patrimonio Histórico de
El Puerto y Grupo de Estudios Históricos
“Esteban Boutelou” de la Universidad de Cádiz

**UNA APROXIMACIÓN AL
MODELO DEL OFICIAL
EXTRANJERO EN EL
EJÉRCITO BORBÓNICO:
LA ETAPA DE
FORMACIÓN DEL
TENIENTE GENERAL
ALEJANDRO O'REILLY
(1723-1794)**

Óscar Recio Morales

Cuadernos Dieciochistas, 12
(2011), pp. 171-195
ISSN: 1576-7914

La particular importancia de la figura de Alejandro O'Reilly para El Puerto de Santa María es conocida desde la publicación de la obra clásica de Hipólito Sancho sobre la historia de la ciudad. O'Reilly ocupó la capitánía general de Andalucía entre 1775 y 1786, tuvo residencia en El Puerto y dejó una huella profunda en esta ciudad, en la que emprendió importantes obras públicas como la remodelación de la ribera o la construcción de un puente sobre el Guadalete. La personalidad de O'Reilly y su trayectoria vital nos eran, sin embargo, menos conocidas. A rellenar este hueco, al menos parcialmente, contribuye el interesante y bien documentado trabajo de Óscar

Recio Morales, de la Universidad Complutense, quien nos desvela los orígenes y las primeras etapas del ascenso militar y político de este ilustre personaje.

Para Recio Morales, Alejandro O'Reilly representa un ejemplo típico del oficial de origen extranjero del ejército borbónico. O'Reilly nació en 1723 en Irlanda, en el condado de Meath, en un lugar fronterizo con el condado de Cavan, donde su familia, de origen gaélico, había ejercido una fuerte influencia desde el siglo XII. El hecho de ser un segundón le privó de la herencia del mayorazgo fundado por su padre, lo que, unido a la dureza de las condiciones de vida en la Irlanda de la primera mitad del siglo XVIII, lo empujó a emigrar a España, junto con sus hermanos Domingo y Nicolás, para ingresar, siendo todavía un niño, como cadete en uno de los tres regimientos irlandeses del ejército de Felipe V, el de Hibernia, en 1736.

Hasta llegar a ese momento, el estudio de Recio Morales sobre los orígenes familiares de O'Reilly, los enfrentamientos internos de las distintas ramas de su familia, el papel jugado por ésta en la historia de Irlanda desde el siglo XVI y los factores favorecedores de la emigración en aquella isla está lleno de interesantes sugerencias. No menos sugerente es el análisis de la rápida ascensión militar de O'Reilly, sobre todo a partir de la batalla de Camposanto de 1743 contra el ejército austriaco, en la que estuvo a punto de perder la vida. Su posterior participación en las campañas de Italia le permitiría construir un sólido capital relacional con personajes como Wall, Aranda o Ricla, que le sería posteriormente muy útil para promocionar dentro del ejército y de la corte.

O'Reilly llegó a capitán en 1747, aunque se le adelantó su antigüedad en el grado de forma retroactiva hasta 1743 por los méritos contraídos en batalla en la acción de Camposanto. En 1753 alcanzaba el cargo de sargento mayor. Poco después la carrera del joven oficial estaba ya preparada para dar el "gran salto". Éste vino propiciado por dos circunstancias: la guerra de los Siete Años (1756-63) y el ascenso de Ricardo Wall a la secretaría de Estado en 1754, que proporcionó un importante espacio de poder a la comunidad irlandesa en España. En 1758, en el contexto de la guerra de los Siete Años, O'Reilly fue destinado como observador militar en Centroeuropa, donde estudió el modelo del ejército prusiano, que más tarde intentaría implantar en Cuba y en España admirado por su disciplina y por el talento militar de Federico II.

Finalizada su misión en Centroeuropa, O'Reilly se trasladó a París y más tarde regresaría a España con los informes favorables del embajador Masones de Lima. En 1759 se reincorporó a su regimiento, coincidiendo con la llegada al

trono de Carlos III. El nuevo reinado representó un nuevo impulso a su carrera, que contó con la activa protección de Wall y de Masones de Lima. En 1760 alcanzó el grado de coronel. Un año después fue nombrado ayudante general de infantería. Pronto obtuvo también el nombramiento como mariscal de campo y acompañó a Riela, nombrado capitán general de Cuba, como Inspector de tropa reglada y milicia. La reforma militar que emprendió en Cuba y Puerto Rico puso de manifiesto que su ascenso se debió también a su propia capacidad, y no sólo a la protección que disfrutó dentro del juego de mecanismos clientelares de la corte.

O'Reilly ocupó entre 1769 y 1775 la capitanía general de La Luisiana, prosiguiendo así su carrera en América. En 1772, ya ascendido a teniente general, Carlos III lo distinguió con el título de conde de O'Reilly y vizconde de Cavan. El irlandés alcanzaba en estos momentos la cima de su fulgurante trayectoria. Sin embargo, el fracaso que cosechó en 1775 al frente de la expedición de Argel le valió severas críticas y, como consecuencia, su posición en la corte se vio comprometida. A pesar de ello, la predilección de Carlos III hacia el irlandés se puso de nuevo de manifiesto con su nombramiento como capitán general de Andalucía el mismo año de 1775, cargo que compaginó desde 1780, y hasta 1786, con el de gobernador político y militar de Cádiz.

Además del arsenal de datos que Óscar Recio Morales proporciona para la reconstrucción de la biografía de O'Reilly -sobre todo para las primeras etapas de su carrera- el estudio que nos presenta nos ofrece un ejemplo paradigmático del papel jugado por la oficialidad extranjera en la configuración del ejército borbónico, en un momento de creciente militarización de la política española, así como de la importancia de las redes clientelares y relacionales en el seno del ejército y de la corte. Este artículo, por tanto, va mucho más allá de una mera síntesis biográfica (siendo la que nos ofrece, sin embargo, de muy buena factura y de una gran corrección y elegancia) para enmarcar eficazmente al personaje y su trayectoria dentro de los parámetros del análisis de una época crucial, en cuyos más recientes desarrollos historiográficos se sitúa y profundiza con acierto.